

Queremos verlo defendiendo a los pequeños agricultores

Le dice al Presidente Figueres la Liga [Campesina
de 24 Millas y Bataan

A nuestra redacción llegó una copia de la carta que le enviara al Presidente de la República la Liga Campesina de 24 Millas y Bataan pidiéndole su intervención en defensa de los parceleros de Miravalles. Dice así la carta:

Sr. Presidente de la República
don José Figueres Ferrer
Casa Presidencial.

Estimado señor:

Esta se dirige a usted con el objeto de pedirle pronta intervención en el conflicto de los parceleros de Bagaces donde la firma Stewart Hermanos trata de desalojar a 200 parceleros, que hace varios años vienen cultivando esas tierras pertenecientes a una compañía latifundaria extranjera q' ni cultiva las tierras q' tiene en su poder, y q' suman varios miles de hectáreas, ni deja q' los hijos del país las cultiven.

Piense usted en situación de esos 200 agricultores que es angustiosa y piense usted en la economía del país que también es afectada si esos agricultores van a la calle y dejan de producir.

Nosotros los agricultores de 24 Millas y Bataan queremos verlo defendiendo los derechos del pequeño agricultor, para así saber si todas esas promesas que usted ha hecho a los hijos del país de defender sus derechos ante los monopolios latifundarios extranjeros son ciertas.

De usted muy atto. y s. s.

Franklin Poveda
Presidente de la Liga Campesina de
24 Milas y Bataan

EL TALLER

(NOVELA)

CARLOS LUIS FALLAS

DON José Medina era el dueño de la tienda de zapatos "La Luz" y del mejor taller de la ciudad. Allí se fabricaba y vendía toda clase de calzado: de hombre y de mujer, cosido y clavado. Y desde las más finas zapatillas de raso o de gamuza, hasta los fuertes zapatos de trabajo, de cuero impermeable. Pero la especialidad de la tienda era el calzado fino.

Los zapatos de la tienda "La Luz" tenían fama de ser los más elegantes y los de mejor calidad que se fabricaban en Alajuela. Por eso se calzaban allí las familias acomodadas que pretendían tener buen gusto y toda la gente que en la ciudad presumía de elegante.

El amplio caserón que alquilaba el patrón José Medina alcanzaba para todo. En el local que daba a la calle, dos amplias ventanas y dos puertas, estaba instalada su tienda de zapatos; el taller ocupaba el ancho corredor que corría a todo lo largo del patio interior de la casona; y en las habitaciones del fondo se alojaba él con su mujer.

Veintidós hombres trabajaban en el taller, sin contar con los tres muchachillos que estaban aprendiendo el oficio, y todos eran operarios magníficos, cada cual en

su especialidad, porque el patrón, a quien siempre había gustado tener un personal escogido, reclutaba a los buenos zapateros con el halago de sueldos mejores que los fijados en los demás talleres. Buen conocedor del oficio, tenía el orgullo de poder ofrecer a su clientela el mejor calzado de Alajuela.

Al aproximarse la Semana Santa u otra festividad importante y, sobre todo, en los últimos meses del año, la demanda de zapatos se multiplicaba. Entonces en el taller se trabajaba hasta altas horas de la noche, muchas veces. Los zapateros —que ganaban por pares de zapatos entregados— hacíanlo gustosamente, entre chistes, bromas y pullas picantes que algunas veces degeneraban en groserías y en discusiones violentas.

Todos, quien más, quien menos, los viejos y los jóvenes y aun aquellos que parecían más serios y formales, eran duchos en el arte de burlarse del prójimo y en el de hacer reír a expensas de los demás. Pero en eso se especializaban Camorra y Petates, quienes constantemente estaban presumiendo de graciosos. Eran los payasos del taller. Camorra, medio gibado, muy blanco, con la nariz ancha y colorada, usaba su mal-